

Itziar Pascual

Historia de una azafata

Entra en escena Azafata. Sería interesante que apareciera desde el patio de butacas. Es una persona de mediana edad. Va vestida con un traje de chaqueta y falda azul marino. El pelo recogido en un moño, zapatos de medio tacón de color azul marino, maquillaje discreto. Lleva en la mano un micrófono de mano.

AZAFATA: No, perdonen. Ahora voy a hablar yo. He pedido el turno de palabra. (*Silencio*) ¿Les sorprende? ¿Por qué me miran así? Llevo tres días entre ustedes, de pie, colocada en un lateral de la sala, entregando el micrófono a los participantes. ¿Y no puedo hablar? Sí, he estado en todas las sesiones, les he escuchado a todos, tengo cosas que decidas. Tenemos cosas que decirles. La traductora simultánea, la recepcionista, la jefa de prensa, la secretaria que da las acreditaciones, la camarera que sirve el agua y yo. La telefonista de la agencia de viajes no, que tiene un contrato temporal y no quiere líos. Nosotras queremos hablar. ¿O está prohibido? (*Pausa*) Vaya. Parece que han visto a un extraterrestre. Pues llevo todo el tiempo, llevamos todo el tiempo aquí, toda la vida, en un lateral. (*Silencio*) A lo que iba. A lo que íbamos. Nosotras no entendemos muy bien. Nosotras no... Vamos, que no hay manera de entenderlo. No es una crítica... No es exactamente una crítica. Lo que quiero decir, lo que queremos decir... No entendemos que en un Congreso Internacional de Estilistas... Un Congreso tan prestigioso como este... Tan importante, tan... Tan serio... ¿María, lo estas traduciendo? A ver si lo entienden... No entendemos que no haya mujeres. Mujeres hay, estamos todas nosotras. Para traducir, para pasar llamadas, para difundir el Congreso en la prensa, para pasar el micro, para poner el agua... ¿Pero para hablar? ¿Por qué no hay mujeres? (*Rumores de comentarios, voces palabras inconexas*) Es que no lo entendemos. Porque las principales clientas, las que acuden a los salones de belleza, son somos, casi siempre mujeres... Si no fuera por ellas, por nosotras, ¿Cuántos de ustedes tendrían trabajo? ¿Podrían dedicarse a su profesión? ¿Verdad que no? ¿Y qué me dicen de las modelos? (*Los rumores crecen en intensidad y volumen*) No quiero, no queremos ofenderles. Nos gustaría tanto que lo comprendieran... Y el caso es que ustedes se sienten, algunos de ustedes, tan femeninos, y hablan de las mujeres y de la belleza y el arte y el alma de las mujeres... Pero es extraño. Nunca hablan las modelos, ni las clientas. Nunca. Les pasa lo que a nosotras. ¿María, voy muy deprisa? Vale. Miren. Lo que queríamos decirles es que no entendemos nada. Nosotras conocemos un montón de peluqueras. Y son muy buenas. Lavan,



cortan, peinan, tiñen, hacen moldeados y permanentes, extensiones... Pero tampoco están aquí. Ellas tampoco están aquí. Se llaman peluqueras, claro, no estilistas, como ustedes. ¿Es un problema de palabras? Y trabajan muchas horas, en peluquerías grandes en peluquerías pequeñas, en los barrios. Pero... (*Rumores. Algunas personas salen de la sala*) Ya estamos. ¿Por qué se van? Me lo temía. María me lo advirtió. Cuando se habla de mujeres siempre se cree que es solo para mujeres. El Real Madrid es universal, ya lo dice Valdano, pero nosotras... No se preocupen. No les voy a molestar mucho más. María y yo nos vamos a la peluquería. Sí, a la de nuestro barrio, la de toda la vida, la de las peluqueras. Por las traducciones no se preocupen. Seguro que entre ustedes se entienden muy bien. (*Volviendo al pasillo del patio de butacas*) María, apaga la luz que estos señores se quedan aquí.

Oscuro